

EL HIJO DEL REGIMIENTO

I

EN tanto no existen diferencias aparentes en las formas, suelen juntarse y confundirse en sus juegos y diversiones infantiles los niños de ambos sexos; pero apenas se pronuncian en las muchachas la suavidad y morbidez de los contornos, y en los chicos los rasgos más salientes del hombre, va menguando paulatinamente aquella comunicación, y así como aquéllas cifran todas sus delicias en el trato con las muñecas, los otros se atienen exclusivamente á los fusiles, las trompetas y los tambores. Y al par que la pasión por las armas, suele brotar en los niños la pasión por los soldados; templada en unos y pasajera; en otros violenta, irresistible y duradera. Y aquí debo decir que en esto precisamente se manifiestan con toda claridad y precisión las diferencias que existen entre ambas naturalezas, pues en tanto que la mujer busca y ama todo aquello que significa paz, debilidad y amor, el hombre se lanza decididamente sobre cuanto representa la fuerza, el poder y la gloria.

Nuestro primer afecto, el primer latido de entusiasmo que

brota de nuestros corazones, después del que nos inspiran las personas de nuestra familia, es para el soldado. Soldados son los primeros muñecos que con mano mal segura trazamos en las paredes de la escuela ó garabateamos en las cubiertas de los libros: soldados las primeras personas que en la calle nos llaman la atención, hasta el punto de volver la cabeza para mirarlos, y detenernos y hacer parar á los que por la mano nos conducen: los primeros céntimos que se nos entregan, nuestro primer capital, nuestra primera riqueza va á parar á la caja de un librero, que en cambio de ella nos entrega el codiciado pliego de soldaditos de papel; y todo cuanto con los soldados dice relación, armas, divisas, galones, penachos, correas, cinturones, viene á ser objeto de nuestros deseos más ardientes y de nuestras más vivas esperanzas, hasta el punto de abrigar en nuestros pechos la convicción más íntima de que, llegados á la edad correspondiente, sentaremos plaza de soldado, sin que haya sacrificio que no arrostremos, ni contrariedad que nos detenga. Sí, soldados, soldados, aun cuando se venga abajo el mundo entero, y la madre llore y se desespere, y el padre nos amenace con aquel vozarrón espantoso que reserva para las grandes ocasiones. Es cosa resuelta, y por consiguiente nada puede torcer nuestra voluntad: soldados y sólo soldados.

Y aquí comienza la manía por las armas: y busca, y hurga, y revuelve que revuelves, no quedará en casa un palo de escoba, ó un bastón, ó una pata de silla rota, que debidamente aderezada merced á la hoja de nuestro diminuto cortaplumas, no quede convertida con gran satisfacción nuestra en fusil, en sable ó en bayoneta. ¿Quién no se ha pasado horas y más horas montado en una silla, el pecho contra el respaldo, moviendo las piernas en ademán de espollear al brioso corcel, para que piafe y se encabrite, agitando un pedazo de caña, que fué un día mango de escoba, y dando voces de mando, unas veces tranquilamente, en otras oca-

siones con gran decisión y arrojo, cual pudiera hacerlo el general en jefe del ejército más numeroso? ¿Quién no recuerda con verdadero placer el primer sable que poseyó, regalo de un tío, del padrino, de un militar retirado amigo de la familia, con el cual se quiso obsequiarnos en el día de nuestro santo ó premiar nuestra aplicación en la escuela? Y entiéndase que no se trata aquí de un sablecillo de morondanda, de esos que no son más que un pedazo de madera cubierto de papel plateado, juguetillos de muñeca que ni espantan á las moscas, sino de un sable de veras, con su hoja igual á la que usan los militares en la guerra... ¡Oh, el primer sable constituye una verdadera felicidad!

Y aquellas mañanitas de primavera, que, como dice Giusti, hacen mirar con aversión el libro y comunican vida y movimiento á las piernas, cuando sentados delante de nuestra mesita, soñolientos y bostezando, sudábamos sangre y agua para verter á nuestra lengua una fábula de Fedro, llegaba á deshora á nuestros oídos el fragoroso rumor de una banda de cornetas y tambores, dábamos de mano á nuestra tarea, y dejábamos á un lado gramáticas, cuadernos y diccionarios, y saltando de tramo en tramo la escalera, nos echábamos á la calle, y ya en ella marchábamos en pos del regimiento hasta el campo de maniobras, donde contemplábamos extáticos el vivo fulgurar de las bayonetas, que con la rapidez del relámpago aparece y desaparece sobre la cabeza de las tropas, y escuchábamos atónitos el prolongado y clamoroso hurra de los asaltos, que hacía estremecer la sangre en nuestras venas, y sin que de ello nos diéramos cuenta, hacía que nuestros puños se apretaran dominados por el valor y el coraje, ¿quién no las recuerda? Cierto que, de vuelta á casa, debíamos sufrir la reprimenda del señor padre, y á veces algo peor; pero en cambio aquello de poder decir:—He estado en el campo de maniobras,—¿quién nos lo quitaba? Á más de que semejante razón, al par que tranquilizaba nuestra con-

ciencia, era de aquellas que pueden aducirse, y nosotros la aducíamos, sin temor y sin humillación.

¿Y el primer soldado con el cual, á fuerza de rondarlo, logramos contraer amistad, quién no lo recuerda? ¿Quién no recuerda la vez primera en que, en el campo de maniobras ó en el tiro al blanco, le cupo la honra incomparable de ir á llenar su fiamblera del agua de la vecina fuente? Nosotros se la llevábamos colmada y próxima á sobrarse al menor movimiento, y sin embargo no se vertía una sola gota, tanto cuidado y solicitud poníamos con manos, pies y ojos, con toda la persona, en una palabra, para corres-



ponder dignamente al honroso encargo que se nos confiara. ¡Y qué diremos de la satisfacción que experimentábamos, pavoneándonos en un paseo al lado de un cabo de *bersaglieri*¹, por ejemplo! Es esta una de aquellas dichas que cuando doy en pensar en ella, quisiera volver á la niñez para volverla á saborear, ó probarla, siendo hombre, aun cuando debiera parecer que me había vuelto niño. Y cuando por la noche, al toque de retreta, acompañábamos á nuestro cabo hasta la puerta del cuartel, y le dábamos y recibíamos las buenas noches, y en alta voz, para que lo oyeran los demás muchachos que estaban cerca de nosotros, conveníamos en dar un paseo el día siguiente; y en efecto, al otro día dábamos una vuelta por las afueras de la población, y llegados á un sitio solitario, pedíamos á nuestro amigo que nos mostrara el sable-

¹ Tiradores: nuestros cazadores.

bayoneta; y él nos decía que estaba prohibido, y nosotros vuelta á pedírselo, y él que no, y nosotros que sí, aun cuando no fuera más que por un instante siquiera; y el pobre muchacho, después de haber lanzado una mirada en derredor, sacaba el sable de la vaina con cierto aire de misterio; y la vista de aquella hoja tersa, hermosa, reluciente, producía un verdadero estremecimiento en nuestro organismo, y tocábamos suavemente la punta con el dedo, y preguntábamos si estaba afilado y si bastaría un solo golpe para hender á un hombre... ¡Á más de que la amistad de un cabo proporciona grandes



ventajas! Una de ellas, entre otras que no hay para qué mentar, la de poder tener siempre en el bolsillo una cápsula nueva y reluciente; á veces un poco de pólvora; acaso una hermosa cruz de una peseta vieja; botones de estaño medio chafados, y hasta, —pero esto es ya una fortuna que pocas veces se alcanza, —un par de galones mugrientos y resobados, pero que desempeñan gran papel clavados sobre las mangas de la chaqueta casera y son causa de admiración y motivo de envidia de parte de toda la chiquillería de la vecindad.

El concepto que tienen formado los niños de la superioridad del soldado respecto de los demás ciudadanos, tiene algo de extraordinario y hasta fabuloso. Soldado que no sea

un prodigio de valor, no se concibe; no puede ser. Soldado dotado de menos fuerza que el más fuerte de los ciudadanos, ni en sueños puede imaginarse: no hay en el mundo quién pueda apostárselas con un cazador á ligereza de piernas: no hay en la ciudad barbas más largas, más pobladas y más bien cuidadas que las de los gastadores: no existe nada más terrible en toda la sobrehaz de la tierra que un oficial con la espada desenvainada, especialmente si ha salido hace poco de manos del afilador. Y esto es tan cierto, que ya podía representarse una comedia en los títeres, en la cual tuviera lugar una descomunal batalla entre diez ó doce personajes armados todos, reyes ó príncipes algunos de ellos, con la espada en la mano y la corona en la cabeza: bastaba con que aparecieran un par de soldados con el arma al hombro para que todos aquellos hombres de palo entraran en razón y se aquietaran, con la circunstancia á veces de que las coronas se inclinaban delante de los morriones. Y durante la velada, y entrada ya la noche, oíamos de repente en la calle, delante de la puerta de un figón, una confusa gritería de palabras airadas y amenazadoras, y un confuso rumor de palos y puñetazos mezclados con horrendas blasfemias, y asomándonos á la ventana y viendo relucir las bayonetas, comprendíamos que se había armado una marimorena entre soldados y paisanos, ¿no habíamos hecho siempre votos para que éstos no triunfaran y llevaran aquéllos lo mejor en la pelea? ¡Y qué pena! ¡qué sentimiento si resultaba lo contrario!

Y este vivísimo afecto de los niños encuentra justa correspondencia en el aprecio y estimación que de ellos hacen los soldados, menos entusiasta, como fácilmente se deja comprender, pero no menos intenso. Reclutas recién incorporados al regimiento, ó soldados viejos acabados de llegar á una población desconocida, ¿dónde buscan, dónde encuentran sus primeros amigos, sino es en aquel enjambre de chicuelos que retozan en derredor de los tamborcillos cuando van los

batallones al campo de maniobras? De ellos las primeras sonrisas, los primeros apretones de mano. Con ellos las primeras citas, las primeras conversaciones confidenciales, los primeros paseos solitarios por las afueras de la población, los primeros desahogos de rencor contra los superiores inconsiderados y los primeros lamentos respecto á la dureza de la disciplina, y de ellos, al fin, las primeras palabras de resignación y de consuelo. Por ellos se hacen leer y escribir las cartas que reciben de sus casas y aquellas con las cuales las contestan, y referir las más insignificantes pequeñeces de la vida de familia; y las escuchan con verdadero placer, y tal vez con melancólica ternura, porque, separados como se hallan de sus padres, aquellas palabras reavivan en sus corazones aquel sentimiento afectuoso del hogar, que en vano se buscaría en las rumorosas salas del cuartel. Merced á aquellos chiquillos, paulatinamente van trabando amistad con el portero, y por medio de éste, logran en breve tiempo ensanchar la red de las relaciones amistosas, tanto que, llegado el momento, y en caso de necesidad, saben á quién deben dirigirse, y nunca les falta una persona de confianza con la cual echar un párrafo, especialmente si en el número de sus relaciones se encuentra alguna buena mujer que tenga un hijo soldado. Por todo lo cual á la simpatía y al afecto que sienten por los niños se une en su corazón el sentimiento de la gratitud, y merced á ello contraen nuevas amistades sus tiernos amiguitos, y al cabo de poco tiempo no existe en tal ó cual compañía, y hasta en tal ó cual batallón, una sola cara que les sea completamente desconocida ó indiferente, y su afecto, terminado el primer hervor del entusiasmo, echa raíces duraderas y profundas.

Y cuando marcha el regimiento... lo sé por experiencia propia, entonces buscamos la compañía de nuestra madre, nos sentamos á su lado y nos ponemos graves y melancólicos de intento, á fin de provocar una pregunta que permita un

desahogo á nuestra pesadumbre. — ¿Qué tienes, hijo de mi alma?— Y no sabemos qué contestar.— No me tengas ansiosa; ¿qué te ha sucedido? ¿qué pasa? ¡Dímelo, vida mía!— Y entonces nos echamos en sus brazos, y se lo contamos todo, y la madre, conmovida, nos acaricia el rostro diciendo: — ¡Pobre hijito mío! Tranquilízate: ya vendrán otros.— Y consolados con tales palabras, volvemos gozosos á nuestros sables y á nuestros tambores.

¡Oh, madres! dejad que vengan á nosotros vuestros pequeñuelos: les amaremos como hermanos, como hijos, y cuando se separen de nosotros, volverán á vuestro seno más fuertes y más amantes, porque al lado de los soldados se aprende á amar, y á amar con un afecto que comunica nuevo temple al alma y al corazón.

En prueba de ello voy á referir un caso que hace algunos años ocurrió en un regimiento de nuestro ejército, el cual conozco por un amigo mío, que me lo contó, y tuvo en él parte no pequeña. Procuraré narrarlo con sus propias palabras.

II

Nuestra división, que salió á medio día de Battaglia, importante población situada en la vertiente oriental de los montes Enganeos, al caer de la tarde de uno de los últimos días de Julio del año 1866, penetraba por la punta de Santa Croce en la ciudad de Padua, que debía atravesar, para seguir luego su marcha hacia Venecia. No obstante haber pasado por ella varios cuerpos de ejército, y sin embargo de ser las calles que nosotros seguíamos las más apartadas del centro, y por consiguiente las menos frecuentadas, la acogida que se nos dispensó por sus habitantes fué superior á todo encarecimiento.

Con todo esto, de mí sé decir que sólo conservo de ello un recuerdo vago, confuso, semejante al que se guarda de los primeros coloquios de amor que se han sostenido con la novia, cuando las piernas tiemblan, palidece la tez y va anocheciendo paulatinamente.

Puedo decir, pues, que al paso que me acercaba á Padua, la ciudad más importante del Véneto que encontrábamos en nuestro camino, latía con más fuerza mi corazón y mis ideas empezaban á confundirse. Luego, así que penetramos en la población, nos encontramos con una muchedumbre compacta y numerosa, que en cuanto nos vió prorrumpió en entusiastas vítores, y se precipitó en medio de nuestras filas, y rompió la formación, y en un abrir y cerrar de ojos se desparramó por todos lados, de suerte que ni rastro quedó del orden en que marchábamos, con lo cual nublóseme la vista, y no sólo la vista sino también la mente. Recuerdo que no una sino muchas veces sentí que ceñían mi cuello y mi cintura brazos convulsos; y palpaban la espalda y los brazos manos temblorosas; que besaban mi rostro muchos labios ardientes, con el fuego y el entusiasmo con que una madre besaría á su hijo al verlo por vez primera después de una prolongada ausencia. Recuerdo haber sentido el contacto de muchas mejillas humedecidas por el llanto; haberme detenido más de una vez para librar mi sable de las manos de un pequeñuelo que lo sacudía con violencia, para que me volviera y pudiera hacerme cargo de su humilde viva; haber andado largo rato llevando adornado el capote con media docena de ramos de flores, que debían darme toda la apariencia de novio campesino; haber, por último, ensordecido á fuerza del prolongado y clamoroso rumor de los gritos de viva que se pronunciaban á nuestro paso... Vivas he dicho, y he dicho mal. Aquello no eran vivas: eran gritos inarticulados, torrentes de sollozos sofocados por la emoción, gemidos como de pechos opresos y agotados por lo intenso de la alegría, voces